

SE PUBLICA
LOS
DOMINGOS.
PRECIOS:
EN LA
Habana y Matanzas
UN PESO AL MES.
En el interior
TRES PESOS 50 CTS.
por trimestres, adelantados,
FRANCO DE PORTE.
EL NUMERO SUELTO
SE VENDE A
TRES RS. SENCILLOS.



REDACCION
Y ADMINISTRACION
CUBA NUM. 59,
á donde se dirigirán
todas las reclamacio-
nes que ocurran.
—
PUEDE TAMBIEN
DARSE AVISOS
Y SUSCRIBIRSE
EN LA
IMP. DEL TIEMPO,
CUBA 71.



LA SERENATA.

PERIODICO SATIRICO, ECONOMICO Y LITERARIO.

Agotadas enteramente las ediciones correspondientes á los números 8 del primer año y 2 del segundo de este periódico, hemos acordado, á instancias de nuestros nuevos suscritores que desean tener completa la coleccion de cierto número de artículos, irlos reproduciendo poco á poco, á medida que nos sea posible. En tal virtud, damos hoy principio á esa tarea, insertando el siguiente que vió la luz en el primero de dichos números, correspondiente al Domingo 3 de Diciembre próximo pasado.

EL DIARIO DE LA MARINA

ANTE EL CRITERIO DE LA "SERENATA."

MUCHO bien hizo al mundo en general, con su famoso libro, el inmortal Cervantes; mas por lo que á nosotros en particular atañe, preciso es confesar, si hemos de ser francos, que el beneficio fué de aquellos que no se olvi-

dan fácilmente. En dos tipos, que vivirán eternamente en la memoria de las gentes, encerró el muy bellaco todo nuestro carácter nacional. ¡Qué ocurrencia! Ahí están y estarán siempre, como dos espejos de cuerpo entero, devolviéndonos á cada paso nuestra imagen y sandeces.

O Quijotes ó Sancho-Panzas, no hay remedio. De aquí no nos saca nadie. O viendo siempre fantasmas y vestiglos, convirtiendo los carneros en ejércitos poderosos y los molinos en gigantes, ó ignorantes y crédulos con puntitas de maliciosos, á la zaga del primero que le dá la gana de embaucarnos. Tal es el círculo en que giramos. El justo medio no sería fácil que lo hallase ni el mismísimo Diógenes, por mas linternas que tragese.

Verdad es que ya no se anda, armado de punta en blanco, por selvas y por valles; pero esto no consiste en que el carácter nacional se haya modificado en lo mas mínimo, que al fin no hemos de ser nosotros como los bárbaros extranjeros, sino en los tiempos que alcanzamos. Cada época tiene sus rasgos

y costumbres diferentes, y así como entonces era cosa corriente salir á los caminos y encrucijadas en busca de palizas, hoy no tiene uno que tomarse tanto trabajo; con acudir á un periódico, está todo remediado. El periodismo es, por lo tanto, el campo donde vienen, hoy, á esgrimir su espada todas los andantes caballeros ansiosos de enderezar entuertos y desfacer agravios, sin otra mira ni objeto—y esto es muy natural—que calzarse, aunque sea indirectamente, el gobierno de alguna ínsula ó de algun remoto imperio, y sin que á ninguno por supuesto falten, á Dios gracias, unos cuantos Sancho-Panzas, que, á guisa de ecuderos, les vayan siguiendo los pasos, ora admirando con sin igual candor el esfuerzo de su potente diestra, ora aprovechándose á la sordina de los depojos de los tristes vencidos y no por cierto en *descomunal* batalla.

Como se vé, la intencion no puede ser ni mas laudable ni mas peregrina, que esto de arreglar uno el mundo con unos cuantos rasgos de pluma, hacerse de la noche á la mañana el eco de todos los buenos y limpiar la escena de imagi-

narios malandrines, es cosa que á muy pocos disgusta; mas no está el *busilis* en estos sanos intentos, sino en la forma de llevarlos á cabo, esto es, en la exageracion y las visiones que es precisamente lo que constituye la quijoteria. Nada mas que un paso hay del sentido comun á esta, pero muy corto debe de ser sin duda si hemos de juzgar por la prontitud con que se rebasa. El que tenga la desgracia de poseer unos piés pesados y un tanto perspicaz la vista para distinguir el bendito paso, puede decir con justicia que está perdido sin remedio. ¡Infeliz! Será señal de que tiene sentido comun, ó lo que es igual, algo así como lepra y ya puede ver donde se mete.

Ahora bien; sentadas estas premisas creará cualquiera que es empresa muy sencilla esto de ser *periodista quijotesco*. Pues nada hay mas difícil sin embargo, y ahí está el Diario de la Marina como de molde para probar la exactitud de mi afirmacion. Se necesita para el caso, nada menos, que tener unas cuantas cosas de mas y dejar de tener otras muchas cosas no menos raras. Mas claro. Ha de no tener V. *principios fijos* porque esto al fin es un engorro que para todo ata las manos; no tener tampoco *consecuencia* para no verse metido siempre en un mismo círculo; ni *memoria*, para dejar de acordarse de lo que se pidió ayer; ni *buen vista* para no poder distinguir las tinieblas; ni *propósito duradero* para no verse obligado á cumplir la orden de caballería defendiendo siempre á los oprimidos, ó lo que es lo mismo, para poder defender á los *desgraciados* monopolistas contra sus propias víctimas; y ha de tener V. una buena dosis de aplomo para decir con seriedad que es de dia cuando sea de noche, y otra de valor *sui generis* para hacerse *motu proprio* eco de quien no piense en semejante cosa. De estudios no hablemos, que cuanto mas confunda V. la historia y la economía, las ciencias y las artes, tanto mas irá V. en el buen camino. Añada V. ahora, á todo eso, un buen manto de circunspeccion aunque sea de papel pintado como cosa de comedia, y dígame despues si el asunto no merece gravísimas reflexiones. Pero hay mas todavía.

Que empiece V. á esgrimir la péñola y habla muy sério de comercio y navegacion, por ejemplo; y sale uno que tiene sentido comun y sin hacer caso de la seriedad con que V. desbarra, prueba que no sabe V. lo que se pesca y que la bandera extranjera debe de ser considerada como la nacional. ¿Qué hace V. entonces si no tiene á mano aquellos adminículos? ¿Discutir, razonar? ¿Qué disparate! Se desentiende V. de todo y le echa encima al contrario la bandera nacional y le llama despues feniano, anglomano, rusófilo y hasta yankeemano si es preciso, y está V. del otro lado.

Qué le dicen á V. aquí estamos á los cúras y queremos que luz es justamente lo que pedia el antecesor con cuyas doctrinas debe V. estar identificado; pero como V. no tiene principios fijos ni consecuencia, para salir del paso, se echa V. encima el manto aquel y que le entren moscas.

Pues vamos á que no le dicen á V. nada, pero que por lo mismo se empeña V. en decir algo. Coge V. la pluma y sale diciendo que la Provincia E. debe á las Provincias A. B. y D. cualquier cosa, lo primero que se le antoje, con tal de que sea gorda para que resuene bien y los Sancho-Panzas encomien. ¿Contesta alguno que no era cierta la especie y pide pruebas? Pues no se replica, y como V. no tiene memoria, nadie lo estraña y se canta entonces victoria.

He ahí el Diario de la Marina de nuestros dias. Solo un elemento faltaba á ese admirable conjunto, y como si la suerte se complaciese en prodigarle sus favores á manos llenas, cate V. que cuando menos esperado era se nos aparece el afamado folletinista, autor del que vió la luz en el número del 23 de Noviembre, y el cuadro queda completo. Búsquenlo mis lectores si es que aman la buena literatura, y allí bajo el modesto título de *El Teatro de Tacon*, leerán una serie de chispeantes reflexiones, salpicadas de citas latinas y francesas que sin querer traen á la memoria el artículo del malogrado Larra *Mania de citas y de epígrafes* y los no menos célebres del mismo folletinista en el difunto *Tiempo*; aquellos en que conseriedad imperturbable se anunciaba á los atónitos habitantes de esta inculca Habana que el correo de España aun no habia entrado y que las Cortes no.....funcionaban en el Verano! Noticias frescas que aun resuenan en muchas partes. Lo mas admirable es que el autor tiene el raro talento de hablar en su folletin de todo menos de lo que anuncia en el preámbulo, y la gramática, la estadística, las telarañas y la metafísica se encuentran allí en compañía de Laurean, Boileau y Remusat. Una lástima ha sido que no concurrieran á la reunion Chambombian, Bonnefonds y Arrufat y otros si nó tan célebres autores, por lo menos mucho mas sustanciosos que los primeros.

He ahí, volvemos á decir, el Diario que se engalana con el pomposo nombre de *eco de los buenos*; mas no está la cosa, á mi entender en que él así lo crea, sino en que los buenos estén conformes con ello. ¿No se habrá engañado vuesa merced, Sr. Caballero? Mire bien lo que se dice, hermano, que tengo para mí que no hay tales gigantes ni tales *buenos* de por medio á no ser que vuesa merced tome por ellos á unos cuantos monopolistas y sus correspondientes Sancho-Panzas. No seria extraño que el *Caballero del circunspecto manto* que tiene el raro tino de tomar por triunfo,

las derrotas, los palos y manteamientos por obra de encantados moros y los cueros de vino tinto por follones malandrines, hubiese tomado tambien por eco el rumor de los quejosos. Mire vuesa merced que ya es tiempo de volver sobre sus pasos, mire que se ha quedado solo y de acusador se ha convertido al cabo en acusado, y mire, en fin, que si para residenciar las doctrinas incoherentes de vuesa merced hubiésemos de atender al principio utilitario que tanto os gusta, bien pronto habríamos de conocer que nos llevais al retroceso, esto es, al raquitismo y la impotencia, ó lo que es igual al *no ser* en toda su estension, en vez de llevarnos como Dios manda y la conciencia ordena por el risueño camino que se divisa en lontananza.

BELMONTE.

NOCHES DE LLUVIA.

La lluvia que en otras partes casi nunca es obstáculo para nada, en la Habana trastorna todos los proyectos é impide que se efectúen lo mismo las diversiones que hastas las simples visitas. En lloviendo de noche, ya se sabe, hay que renunciar á toda idea de presentarse en parte alguna, so pena de chasquearse ó de llamar la atencion de una manera desusada al verlo á V. en la *lle bajo un aguacero*, durante el cual se supone siempre que nadie debe moverse de su casa.

Precisamente sucede que entónces fastidiale á uno mas que nunca permanecer en ella, sobre todo al hombre solo y sin atractivo alguno doméstico, como puede serlo una mujer con quien se haya casado V. *un mes antes*, que entonces la lluvia que se oye caer añade un encanto mas al *tête-à-tête* conyugal. ¿Pero qué hace un hombre solo encerrado en su casa la prima noche, oyendo llover y esperando á que escampe? No siempre está uno dispuesto á leer, y á veces el mismo libro que nos ha encantado largas horas, el que hemos devorado con avidez y cuya lectura nos ha servido de lenitivo en una de aquellas desazones tan comunes en la vida diaria, se nos cae de la mano en circunstancias dadas y cuando agítanos el espíritu algun malestar profundo que turba todas nuestras facultades. Si llueve entonces, si las calles están perdidas con tanto lodo y no acierta á pasar ningún carruaje que lo conduzca á uno á cualquier parte, la impaciencia y el despecho son grandes y el fastidio y el aburrimiento insoportables.

Decididamente una noche de lluvia en la Habana es una calamidad, pues á mas de que los espectáculos se resienten y hasta dejan de darse, no obstante el preventivo anuncio de los carteles de que no se suspenderá funcion alguna por mal tiempo, dificultase tambien el transportarse de un punto á otro por la escasez de carruajes, que en tales casos parece que disminuye su número, cuando realmente es tan crecido; y amen de todo esto, la extraordinaria importancia que la mayoría dá al simple hecho de estar lloviendo, cosa que tiene para algunos la entidad de una catástrofe ó un cataclismo.

¡Salir á la calle cuando está lloviendo! Esto

no se concibe que pueda nadie verificarlo; así es que en muchas casas, no bien principia á caer un aguacero, ciérranse puertas y ventanas y todo el mundo se dispone á dormir, porque como dicen generalmente, ¿quién va á ir á la casa *con una noche así?*—Pobre del que ignorando esa costumbre é importándosele un bledo la lluvia, tome un carruaje, y se dirija á la casa en cuestión, cerrada á cal y canto y donde la familia se halla tal vez disponiéndose á meterse en la cama, solo porque está lloviendo!

Como en la mayor parte de nuestras casas no hay siquiera donde dormir, la familia que se compone de mas de cuatro personas, tiene por lo regular que convertir la sala en dormitorio y tender en ella los catres, removiendo para esto los muebles y trastornándolo todo. Figúrense Vds. qué efecto les hará á esa gente en medio de tales preparativos, oír de pronto parar un carruaje á su puerta y en seguida llamar á esta con la precipitación propia de uno que se está mojando.

La sorpresa y la alarma son tales, que lo ménos que se figuran es que ha ocurrido una gran desgracia en la casa de algun pariente y vienen á participárselo. Solo una cosa por el estilo pudiera hacer que en una noche *tan mala* y aun que no sean mas que las ocho vengán á llamar á su puerta.

Mientras tanto, nuestro hombre que como no es de la Habana, desconoce tales usos de las noches de lluvia, ignora que en ellas no se pueden hacer visitas sino á muy pocas personas, y cree ser la cosa mas natural, llegarse á la casa aquella á pasar el rato y á entretener el tiempo lluvioso. Espera por lo tanto que le abran y en esta confianza, paga al cochero que lo ha conducido, el que en seguida se aleja á buscar *otro viaje*, y me deja á mi hombre arrimado á aquella puerta cerrada y que tanto tarda en abrirse. Azótale la lluvia el rostro y mil chorros de agua caenle con fuerza de las malditas tejas sobre la copa del sombrero, que suena como si repiquetearan sobre él.

Abrese al fin un postigo y una criada se asoma y pregunta ¿quién es?

—Abre, negrita, soy yo; contesta el interpelado que está ya hecho *una sopa*.

—La niña está acostada y el amo tambien, observa la negrita.

—¿Están enfermos?

—No, señor, pero como está lloviendo tanto....

—Ah!.... contesta el malaventurado visitante y se queda haciendo cruces con tan inaudita costumbre.

Aléjase pues, y de una carrera gana la bodega de la esquina, única casa que permanece abierta á aquella hora en toda la vecindad, y allí se guarece á esperar que pase un coche ó una volante.

Chasco tan desagradable solo puede ocurrir á alguno de fuera que no esté aun al corriente de nuestra manera de vivir, pero no al que siquiera haya vivido un poco de tiempo en la Habana, pues este sabrá bien pronto que aquí se paraliza todo cuando llueve; que la concurrencia á los teatros y demas espectáculos es nula ó muy escasa, y que mientras llueve nadie se aventura á salir de su casa, por temor de ser mal recibido donde quiera que se presente.

Las noches de lluvia sin embargo son las que parecen mas propias para asistir á los espectá-

culos, para visitar, para pasarlas entretenido en algo, y así se verifica en otras partes. Aquí sucede todo lo contrario, y apenas principia á llover, todas las casas se cierran y todo el mundo se arrincona á esperar que pase el chubasco ó bien á dormirse si se prolonga.

¿Qué estrañeza si llega V. á una casa bajo un aguacero! Por de contado ó lo lleva á V. allí un interés muy grande que lo hace ser superior á la lluvia, ó es V. portador de alguna infausta nueva que urge mucho comunicar, por lo que arrojando la lluvia se ha lanzado V. á la calle.

Solo los novios en vísperas de casarse se atreven á presentarse en casa de su novia aunque *luevan chuzos*. Si es solo un pretendiente, un enamorado, no debe ir, porque se expone á causar gran asombro y tal vez á molestar mucho con su presencia por demas intempestiva en una noche de lluvia.

GENARO ABEL.

LITERATURA INGLESA.

SOBRE EL BAILE.

Me parece que la moralidad de este baile es propia para inculcar la modestia y discrecion al sexo femenino. Sin embargo, como las mejores instituciones están sujetas á corromperse, debo advertiros, señor, que se han introducido terribles abusos en este entretenimiento. Quedé asombrado al ver á mi hija dar su mano á jóvenes ó tomársela por su parte con tanta familiaridad como jamás la hubiera creído capaz de hacerlo. Pero no era esto todo: tomaban frecuentemente la actitud mas impudente é impropia que se puede imaginar, que ellos llamaban "pausa," y que yo no podré describiros sino diciéndoos que es el reverso de lo que llamamos "Back to back." En fin, un joven atrevido mandó que tocasen la danza llamada *Moll pately*, y despues de haber hecho dos ó tres piruetas, corrió hácia su compañera, la enlazó en sus brazos y la hizo girar en el aire de tal modo que yo que estaba sentado en uno de los asientos mas bajos del salon, ví mucho mas arriba de su zapato, de lo que creo propósito manifestároslo aquí. No pude ya soportar por mas tiempo este espectáculo desmoralizador, y viendo á mi hija á punto de tomar parte en él me lancé hácia ella, la tomé por la mano y me la llevé á casa.

Señor, no soy aun bastante viejo para haber perdido el juicio, quiero creer que esta diversion fuese inventada en un principio para sostener una buena y honesta correspondencia entre los jóvenes de ambos sexos; hasta allí no veo mal en ello, pero no puedo aprobar los excesos que se cometen. No sé lo que pensaréis de todo pero estoy persuadido de que si hubiéseis estado en este ensayo hubierais encontrado amplia materia de observacion.

Quedo vuestro &c.

Temo que mi corresponsal haya tenido demasiada razon de molestarse por la manera indecente con que se trató á su hija, pero aun la tendria mayor si se hubiese encontrado en uno de esos bailes de besos en que Will Honeycomb me asegura que los hombres están obligados á mantenerse casi un minuto sobre la boca de sus compañeras si quieren seguir el compás y no bailar á contra-tiempo. Apesar de todo; no puedo resolverme á condenar completamente esta diversion y estaré mas bien de acuerdo con Mr. Cowley en que el baile, por lo menos en lo que respecta al porte y manera de presentarse, es muy útil si no absolutamente indispensable.

Desde la primera vez que se vé á cualquiera se forma una cierta idea de que no es fácil separarse despues; por este motivo se debe desear no tener nada de desagradable ni chocante á primera vista y hallarse en aptitud de presentarse con gracia en sociedad.

Podria añadir que una tintura ligera de las pequeñas reglas de buena educacion y cortesía, dan alguna seguridad á un hombre y le ponen en estado de aparecer con facilidad y soltura en cualquier sociedad. A causa de no tenerla he visto á un profesor de literatura no saber de que modo presentarse á una dama, y á un muy hábil matemático, en duda de si debia mantenerse en pié ó estar sentado mientras un caballero bebia á su salud.

He aquí lo que los maestros de baile deberían enseñar aunque no me parece desacertada la observacion de que si no se añade por sí mismo algo desconocido y que ignoran la mayor parte de esos bellos señores que os enseñan se corre gran riesgo de llegar á ser un fátuo mas bien que un hombre culto.

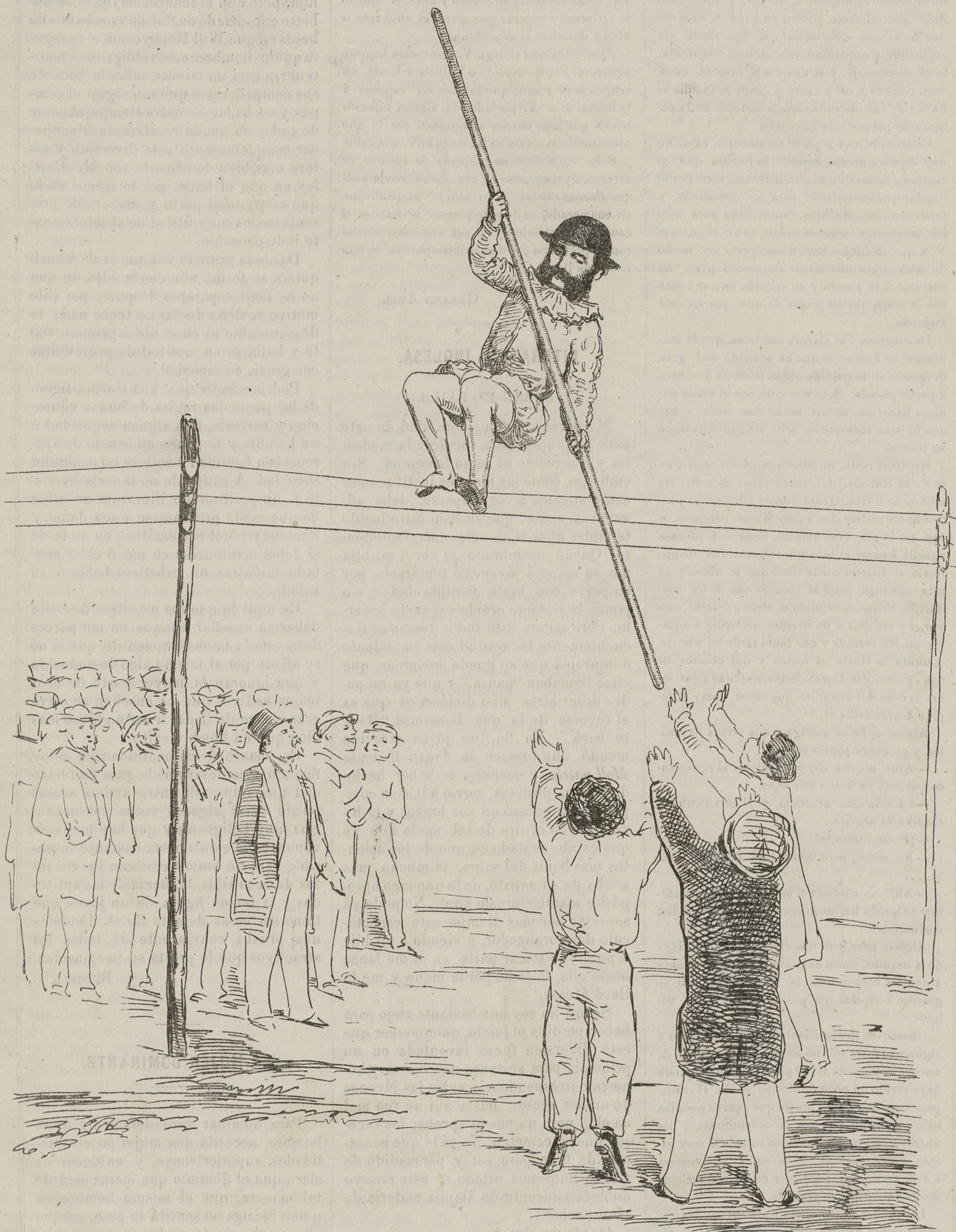
En cuanto á las contradanzas estoy forzado á confesar que la gran familiaridad que reina allí entre ambos sexos puede tener algunas veces consecuencias muy peligrosas y que hay pocas jóvenes, cuyo corazon sea bastante insensible para no conmovirse con los encantos de la música, la fuerza de las aptitudes y la buena figura de un joven que tiene sin cesar delante de sí, dándoles una prueba convincente de todos los atractivos que le presta su imaginacion.

BUDGELL.

LA MUJER DOMINANTE.

Para dominar verdaderamente á un hombre, necesita una mujer poseer cualidades superiorísimas, y entónces es claro que el dominio que ejerza será de tal manera, que el mismo hombre en quien recaiga no sentirá su peso, porque ella usará solo de medios que no suble-

A NUESTROS SUSCRITORES DE CIENFUEGOS.



Desde lo alto de ese telégrafo os contempla satisfecha el águila del PROGRESO.

ILUSIONES DE OPTICA.



-- Santo Dios! No hay duda, Sr. Salvaguardia, aquello es un volcan!
 -- ¡Oh, no señor: aquello es una jóven que busca el buen camino. Tranquílcese V. caballero.

ven su orgullo, ni ajen su dignidad. Antes al contrario, tratando siempre de halagarlo, de complacerlo, obtendrá de él cuanto le plazca, sin darle á sospechar su premeditado plan, ni dejarle traslucir su acertada táctica.

Una mujer vulgar, sin tacto de ninguna especie, obrará en opuesto sentido, descubrirá su juego y manifestando abiertamente su intento, valdrá solo de reprobados manejos que la desconceptuarán pronto, haciéndole perder toda importancia. Altiva, impetuosa y osada, opondrá á todo su irritante *yo lo quiero*, y sin miramiento alguno, no temerá ofender al mismo á quien trata de atraerse, y al que alejará con su dominio absurdo y su proceder indiscreto.

En tanto, la mujer de carácter dulce, amable, condescendiente, la jóven modesta y de verdadero mérito que sonríe á todo y parece doblegarse completamente al hombre, esa le domina en realidad, esa le impone su mas leve capricho y obtiene de él cuanto se le antoja. ¿Qué se le puede negar á la que suplica rendidamente, á la que ruega de una manera adorable y parece demandar una gracia y no exigir el cumplimiento de una obligación necesaria?

La *mujer dominante*, que es por lo general la mujer mal educada, la de mala índole, sufre á menudo mil decepciones, mil desagradables chascos que no la corrigen sin embargo, por lo que logra al fin captarse la general antipatía y el despego de todos. Humillada en su necio orgullo, herida en su susceptibilidad, vése precisada en último término á sucumbir á la necesidad y á demandar gracia, cuando se vé convencida de impotencia, y por lo tanto desprestigiada á los propios ojos del que ella intentaba subyugar. Desengaño tardío para la que no comprendiendo sus intereses, olvida el desempeño del único papel que le cuadra y se arroga facultades que no la competen.

Una jóven no puede figurar dignamente sino en un solo terreno: el de la modestia. En cualquiera otro en que se sitúe, choca, desagrada y pierde su mejor prestigio. Muchacha hay que aun hallándose en *estado de merecer*, es decir, mas que nunca precisada á desplegar todo el tesoro de sus gracias y atractivos, yerra la buena senda y poniendo de muestra sus perversas intenciones, desilusiona al mas prevenido en su favor y ahuyéntale receloso. Se vé amada, favorecida por un hombre que busca en ella el complemento de sus satisfacciones, y en vez de interesarle por esos mil medios de tan fácil uso á cualquiera mujer, se hace el propósito de dominarlo *desde temprano* para que no lo *estrañe despues*, y se sugete de antemano á sus caprichos, á sus exigencias y extravagancias. Pero como solo un hombre sándio en demasía, pudiérase prestar á tan humillantes condiciones, no mediando ningun compromi-

so que lo esclavice, la consecuencia natural es que cualquier hombre que en algo se estime, abandone presto el campo y se aparte de una jóven tan mal aconsejada, que así procura sobreponérsele y así trata de herirlo en su dignidad.

Una mujer inteligente sabe posesionarse del corazon de un hombre, sin esfuerzo ni violencia, echando mano solo de esas mil pequeñeces que tanto valor adquieren no obstante, cuando ella las explota y las acomoda acertadamente á su conveniencia. Sabe tambien que durante ese tiempo de prueba en que el hombre observa á la mujer y pesa las cualidades de su carácter, puede esta perder de repente todo el terreno adelantado, con la menor inconveniencia, con una simple manifestacion que revele en ella algun oculto intento, tal por ejemplo como el de ejercer sobre su amante un dominio absoluto y sin restricciones. Precávase por lo tanto contra este peligro y evita cuidadosamente dar el menor indicio de esta naturaleza, porque comprende lo mucho que esto alarma á todos los hombres y lo mal que recomienda á la que incurre en semejante falta.

Pero, la que carece de esa inteligencia y de ese tacto, la que imbuida en mil vulgaridades cree que *todo se lo merece*, como es de uso corriente decir, acude al ordinario sistema de exigir, de imponer su voluntad y su capricho y hasta de *amenazar*. Esto es muy frecuente, y por lo tanto á nadie sorprenderá verme insistir en señalar estos defectos de algunas jóvenes, máxime cuando me anima solo el deseo, que tantas veces llevo manifestado, de propender á su beneficio y de apartarlas de errores tales.

La mujer para hacerse amar bien no necesita otra cosa sino ser verdadera y cumplida mujer. Tener corazon y tener alma, dejar libre expansion á sus delicados sentimientos, los cuales influyen tan directamente en el ánimo del hombre, y huir toda ocasion que haga á este sospechar en ella la idea de dominarlo necia y caprichosamente. Desterrar de su lenguaje el *yo lo quiero*, que produce siempre un efecto contrario al que se ha propuesto, y usar solo espresiones insinuantes y persuasivas, únicas que la facilitan el triunfo y el vencimiento.

Lo que mas retrae á un hombre del lado de una mujer, es el descubrimiento de su mal carácter, y como este se pone de manifiesto con cualquier motivo por insignificante que sea, y no le es dable á ninguna mujer disimularle, debe andarse con mucho tiento la que no teniéndole en realidad, haga sospechar tal defecto, por descuidar alguna de esas conveniencias indispensables en toda jóven que aspira á hacerse amar.

¿Qué mal sienta á una jóven en tales pretensiones un semblante airado, unos ojos que se desvían con marcado enco-

no y una boca que se contrae á efecto de un mal comprimido movimiento de cólera. Una actitud tal espanta, repugna, y el hombre mas favorablemente dispuesto, teme entónces tener que habérselas mas tarde con una *furia indomable* que envenene todos sus instantes.

Vean, pues, las muchachas que me leen, si es preferible lo que tanto mal puede proporcionarles, á ostentar siempre un rostro bañado de suavidad y dulzura, que atraiga y seduzca y despierte en todo el que lo contemple un sentimiento benévolo y favorable. Vean asimismo si les traerá cuenta cuando se trate de conquistarse el afecto de un hombre, ser altivas, ser dominantes y despojarse con esto de su primer encanto, la modestia, ó sea la moderacion y el agrado.

GENARO ABEL.

CORRESPONDENCIA DE LA SERENATA.

Matanzas y Abril 11 de 1866.

Sr. Director.

Ya que ha dado v. m. en la flor de llevar registro escrito de cuanto por acá pase, si lo que pasa puede tener consecuencias *económicas* de algun valer; y ya que se empeña en que sea yo el *escribidor* que ponga en su noticia los sucesos, voy, pues, con mi cháchara de costumbre á divertirle un rato de sus habituales ocupaciones; mas que luego me llame el del Manto *ambicioso diminuto* (frase cuyo sentido no alcanzo á comprender) y la su comadre, *exclusivista*; no que guste yo de que me adornen con apodos, sino que sé sufrir en paciencia las flaquezas del prójimo; da lo que lo sean mios aquel y esta, de lo que recibiria grandísima honra y puede que hasta provecho.

Los paraderos..... No!..... Las estaciones..... Tampoco! Pues, Señor; no sé que nombre dar á los lugares, puntos ó sitios en que se detienen ó hacen escala los *tren's*.... nó;... los *convoyes*... tampoco. ¿A que no acierto á hablar en castellano puro? Tentado estoy, así como se dan otros al diablo cuando lo requiere el caso, de darme yo á un *sabio filólogo* que nos ha *caído de las nubes*..... ¡Otra te pego!.... que sé nos ha entrado de rondon por las puertas y cuya ciencia ó sapiencia diz que consiste en treinta ó cuarenta diccionarios, que forman su biblioteca. A este tal, que es un arcaismo tan fuerte como el Diario, y que se nombra por mas señas D. Antonio Martínez del Romero, he de preguntar cómo deben llamarse en castellano *cervantezco* las *estaciones* ó *paraderos* de los ferrocarriles, para no caer bajo las disciplinas de sus "fraternas endilgadas á los neo-publicistas ó sean diaristas, gacetilleros, folletistas, aprendices de periodista, lexicógrafos baladies, y á otros escritorzueros pecadores," como el Sr. Martínez del Romero, por ejemplo.

Aseguróle de todas veras á v. md. que desde que supe la manía del tal Romero de criticar todo vocablo sospechoso de neologismo sin duda porque son las reformas peligrosas, no escribo palabra que no me parezca bastante

rancia y tiemblo á cada momento el furor filólogo del *gran maestro*, que en castigo de nuestros pecados nos echaron acá los mares.

Pero dando de mano á esta *cuestion*... ¡Nó!... á esta materia, vuelvo, con perdon del Diario, de la Prensa y del Romero, á continuar mi interrumpida narracion.

Los para-leros, estaciones, etepas, ó como se quiera llamarles, del ferro-carril (Romero arruga la frente) Coliseo, están ha ya muchos días, abarrotados (El diario frunce el ceño) de cajas de azúcar, bocoyes de miel y otras mil *cargas*, mientras los dueños y consignatarios, —hacendados y almacenistas matanceros— jerequiean y lloran á moco tendido el menoscabo que sufren sus intereses con el estancamiento de los frutos.

Si se les pregunta en quién está la culpa, responden que en la Empresa de la Bahía; si se les cuestiona sobre qué remedio puede atajar el mal, dicen que el de anular la venta del Coliseo es en su concepto el mejor; si se les interroga acerca de quíán puede fallar en este asunto, contestan que el Gobierno; si se les replica que tanto los vendedores como los compradores tienen aptitud legal para comprar y vender, objetan que la ley de sociedades anónimas prohíbe á la "Bahía" explotar otra empresa que la expresada en su escritura de sociedad; y finalmente si se les pone á la vista la inconveniencia de que el *poder social* intervenga en los asuntos particulares, dicen con Mr. Dunoyer, que sí debe intervenir el Gobierno para reprimir, desterrar las causas que perturban el movimiento natural de progresion en los asuntos económicos.

La *ambicion diminuta* que me consume, y el *esclusivismo* característico que ha descubierto en mí la Prensa, me oscurecen sin duda el entendimiento de tal manera, que en la discusion de este asunto no acierto á dar en el clavo. Este clavo, como v. md. comprenderá, no es otro que el modo de impedir que la cosas continúen como las ha puesto el estado anómalo del ferro-carril Coliseo, que *está y no está* comprado por la empresa de la Bahía. Me explicaré sobre esta especie de *to bee or not to bee*: la compra no ha sido publicada, porque segun parece hay algun obstáculo legal á su realizacion; pero la administracion del Coliseo ha sido suprimida y hoy por hoy administra el camino el que ejerce esa misma comision en el de la Bahía. Si á alguno, —caso probable, —se le ocurre demandar en juicio á la empresa Coliseo ¿contra quién dirigirá su accion? La de la Bahía dirá que no tiene la representacion legal de aquella; y la del Coliseo no existe. ¿Se podrá incluir entre los *bienes mostrencos*?

Si los hacendados y almacenistas matanceros que sufren perjuicio por el actual estado de cosas en el Coliseo, me pusiesen en el caso bastante peliagudo, de darles un cons-jo, les propondría lo siguiente: asociar sus capitales admitiendo en la sociedad á la empresa ferro-carrilera de Matanzas, reunir por este medio el valor en venta del Coliseo y comprar este camino, acogiéndose para ello á la ley de *espropiacion forzosa por causa de utilidad pública* y ejerciendo esta accion contra la empresa de la Bahía.

Disparatado será, si place á v. md. este consejo; pero á desesperado mal, desesperado remedio.

Otro proyecto me ocurre, si bien no lo creo de tanta eficacia como el ya propuesto, y es que compren los matanceros *acciones* del camino de la Bahía, en número suficiente para ejercer en la

citada empresa tanta influencia como los capitalistas habaneros que tienen empeño en proteger á los almacenes de Regla mas que á los de Matanzas: balanceadas así las influencias, los intereses de unos y otros y, por carambola, los del público dejarían de sufrir los perjuicios consiguientes al antagonismo comercial de ambas ciudades.

La neo-economista Prensa y el profundo Diario que tratan siempre en sus respetables columnas con abundancia de doctrina y gran copia de benevolencia las cuestiones que puedan afectar en algun modo la riqueza de la isla, tienen ocasion oportuna de lucir su vastísima erudicion, su *elefantiaco* amor al pais, y el talento clarísimo con que plugo al cielo adornarles á entrambos para gloria del periodismo, honra de la inteligencia humana y posteridad y dicha de la nacion. He dicho.

BR. DULCAMARA.

AMENIDADES.

La temporada lírica está boqueando. Toca á su fin el segundo y último abono, y la paciencia del público aun no se ha agotado del todo, á pesar de que tiene razon, y mucha, para quejarse de la Empresa, que todo lo que en materia de promesas fué larga, ha sido corta al tratar de cumplirlas.

De todas las partituras nuevas, y no nuevas, con que trató de engolosinar al público abriéndole el apetito para que acudiera á llenar las listas de abonados, unas, como *Fra Diavolo*, ni siquiera se ha soñado en darlas; —otras, como *Roberto el Diablo*, hubiera ganado el público con no haberlas visto; —otras, como la *Africana* y la *Judía*, han sido unos semi-fascos. La única, en fin, que ha hecho el gasto y ha salido bien librada ha sido el *Fausto*.

Agréguese á esto la sustitucion, á última hora, de la ópera anunciada por otra partitura, fuera ó nó del agrado del público; que eso, segun parece, poco le importa al Empresario, que está en la obligacion de complacer á ese público, y dígame si los abonados son ó no gente que en punto á paciencia y resignacion dejan atrás al paciente Job, de bíblica memoria!

Por lo demas, el público no tiene por qué quejarse: *Trovador*, *Ernani*, *Traviata*, *Marta*, por activa y pasiva con alguna *Lucía* ó *Favorita*, para variar un poco, y pare V. de contar. — Y ¡cuidado quien me tose!

Eso sí, el público debe consolarse con la oferta que se le hace de que en el próximo invierno nos visitará la compañía lírico-mímico-dramática-coreográfica mas completa y excelente que jamas han visto ojos humanos en el mundo descubierto por Colon! — Ya se cuentan portentos y maravillas de ella, y se han echado á volar, para que produzcan su efecto, nombres como el de la célebre trágica italiana

¡Adelaida Ristori!

¿A que nos dicen que tambien nos visitarán Adelina Patti y Tamberlick! — ¿Por qué no? — ¡Cuesta tan poco ofrecer!

El sábado último tuvo efecto el beneficio de la Sra. Gazzaniga. — Los que recuerden lo que acontecia en los años de gracia de 57 y 58, cuando los célebres partidos; los que recuerden el furor que causó entre nosotros el *Gran Dio!* declamado por la Sra. Gazzaniga; los que no hayan olvidado el soberbio beneficio que obtuvo en aquella época bien aventurada la misma artista á quien mira hoy el público con cierta injusta indiferencia, habrán dicho para su capote:

Quantum mutatus ab illo!

La misma artista no habrá dejado de entregarse á estas reflexiones filosóficas arrojando una mirada retrospectiva y dolorosa á los tiempos que fueron, comparándolos con los presentes. Pero así como el público chasqueado tiene que consolarse con la esperanza de las villas y castillos que se le ofrecen para el próximo invierno, consuélase tambien á su vez la artista con el recuerdo de las pasadas glorias. —

Hélas! ils sont passés ces jours de fête!

El que dade de la omnisciencia del *Diario de la Marina*, que pase su vista por el número correspondiente al domingo 15 de Abril. Allí le verá con el mayor aplomo y desembarazo pasar de un artículo de política trascendental y profetizadora, (nuestros lectores sabrán sin duda que uno de los flacos del *Diario* es la manía profética,) al juicio detallado del número 7º de la *Idea*, donde la echa de purista, de filólogo, de filósofo y de pedagogo.

No termina aquí la fiesta.

Publica tambien una cosa que quiere aparecer como juicio crítico de la última obra de Víctor Hugo, titulada: *Los trabajadores del mar*, tomado de un diario de Barcelona, y al que preceden algunas líneas de la cosecha del *Diario de la Marina*, que es lo que tiene que ver.

Dice que en la literatura dramática fué Víctor Hugo el creador de una escuela. — ¿Cuál? — Quisiéramos saberlo. ¿La llamada romántica? — Pero esta era una consecuencia de las nuevas doctrinas literarias de que fué Víctor Hugo, no el creador, sino uno de los mas ardientes defensores y apóstoles, llegando á convertirse en jefe de ella. Pero de esto á *crear una nueva escuela* en la literatura dramática hay una gran diferencia. El teatro de Víctor Hugo, que no es por cierto su mayor título para la gloria, procede en línea recta del de Shakspeare y nuestros antiguos dramáticos con las necesarias modificaciones que introdujo la diferencia de tiempos y costumbres.

Lo que hizo Víctor Hugo fué consignar la poética de la nueva escuela en el célebre prefacio de *Cromwell*, y esto, lo repetimos, no es crear una escuela dramática.—Y ¿dónde deja á Alejandro Dumas, que es sin disputa uno de los primeros dramáticos modernos, y cuyas obras se pusieron en escena al mismo tiempo que las de Víctor Hugo, y aun creemos que antes?—

Continúa el *Diario de la Marina* y dice, “que ni aun fuera de Francia sería posible señalar un poeta mas tierno y delicado.” No es precisamente esta la cualidad que distingue á Víctor Hugo como poeta lírico. En ternura y delicadeza le es superior Lamartine; como apasionado y vehemente, y mas humano, ahí está Alfredo de Musset.—El génio sublime de Víctor Hugo, de quienes somos apasionados admiradores, se distingue por el colorido de su estilo, por la profusion y riqueza de imágenes, por la maestría en la versificación, en la que casi ha causado una verdadera revolución; es grandioso, elevado y sublime; pero la ternura y la delicadeza no son las cualidades distintivas de su génio. Y en esto están de acuerdo todos sus críticos.

Se refiere después el *Diario* á los desvaríos políticos de Víctor Hugo que no han podido oscurecer su gloria é inserta luego el artículo del *Diario* de Barcelona sobre *Los trabajadores del mar*. Pero aquí está lo mejor de todo: el *Diario* confiesa que no ha leído la novela, y sin embargo dice que entre los artículos críticos publicados sobre ella “ha llamado su atención, por la concisión, y verdad con que parece escrito,” el del *Diario* de Barcelona, que ofrece á los lectores del de la *Marina*, con el piadoso fin de que “al tomar en sus manos el libro de Víctor Hugo, tengan ya una idea del objeto que se propone y no se dejen llevar exclusivamente del prestigio de su grande y bien merecida nominación literaria, hoy por desgracia compartida con la celebridad que le proporcionan sus arranques de exagerado republicanismo.”

Ecce homo!—Al fin le sucedió al *Diario* lo que al asno de la fábula: enseñó la punta de la oreja. ¡Bendito de Dios! ¿con que por qué á vuesa merced le parece que está escrito con verdad un artículo sobre una obra, que no ha leído, lo ofrece vuesa merced á sus lectores para librarlos de caer en las tentaciones del infierno y por ende en las garras de Satanás?—Bonito modo de discursar es este, propio sin duda del nunca bien ponderado *Diario de la Marina*.

Bien sabíamos nosotros que todos los elogios que se tributaron á Víctor Hugo en las primeras líneas ocultaban una red y recelaban algun ataque brusco, una andanada á boca de jarro. Era la miel en los bordes del vaso que encerraba el brevaie administrado contra ese fantas-

ma revolucionario y anárquico que en todas partes y bajo todas formas, en sueños y en vigilia, vé el Don Quijote del periodismo. Esta vez le ha tocado en suerte á Víctor Hugo, que felizmente ignora que en el mundo se publica un *Diario de la Marina*.

En cuanto al hipercrítico, al Zoilo del *Diario* de Barcelona solo le diremos dos cosas:

Primera: que Mr. Millaud, director del *Soleil*, diario de Paris, ofreció quinientos mil francos, á Víctor Hugo por que le dejara publicar su obra en los folletines de su periódico, oferta que rehusó el ilustre poeta.—Con lo cual verá el Zoilo del *Diario* de Barcelona que entre esa suma y los 120.000 francos que dice le han pagado sus editores á Víctor Hugo, hay una notable diferencia y no á favor de éste.

Segunda: Que lea el juicio de J. Janin sobre *Los trabajadores del mar*, y que si su crítica está buena y á la altura del *Diario de la Marina*, no es él por cierto el llamado á juzgar á genios como el ilustre proscrito de Guernesey.

TRIBILIN.

EL PLACER DE COMPRAR

PARA LAS MUJERES.

No es solamente por el gusto de tener trages y sombreros, por lo que van las mujeres á comprarlos. Hay en la acción de comprar un verdadero placer para ellas: la mujer que compra ejecuta por este medio un acto de dominio.

Una docena de mujeres se hallan detenidas ante las vidrieras de una suntuosa tienda de ropas de París. La que entra por lo tanto triunfa de todas las que permanecen á la puerta. Lo que las otras miran, contemplan, admiran y codician, eso mismo vá ella á tomarlo, á poseerlo, á llevárselo, á comprarlo, en una palabra.

Las mujeres no tienen negocios y manejan poco dinero; bajo este aspecto en lo general, están todas sometidas á sus maridos. Es siempre el señor quien paga los gastos de alimentos, los alquileres, los criados; es él quien recibe el dinero y salda todas las cuentas.

La mujer que entra en una tienda va á comprar ella misma; si le pasan la cuenta á su casa, irá hecha á su nombre y preguntarán por ella.

Hay algo ménos pueril y que puede ocurrirse á cualquiera de las que están allí detenidas:—“Esta que ha entrado, va á comprar probablemente lo que yo deseo; su marido por lo tanto le dá dinero en abundancia; su marido, pues, es rico; la hallan mas bella que yo; ¿pero lo es ella acaso?”

Se necesita detenerse algunos instantes delante de estas redes, de estas ratoneras armadas diariamente á las mujeres y que se llaman almacenes de novedades, para poder apreciar debidamente el aspecto, la actitud y las miradas de la mujer que entra en la tienda, casi tropezando al pasar con las que miran en las vidrieras. Finge no reparar en ellas; se adelanta sin volver la cara, obligando así á las otras á abrirle paso.

Hay que ver entonces las miradas que lanzan las que han sido tratadas de este modo. Esas mi-

radas que siguen á la que entra, al principio son tristes y acaban por ser altamente desdeñosas. El desden es entonces la máscara con que se vela la tristeza.

La mujer que compra domina en la tienda; dá sus órdenes y se vé obedecida, no á causa de su belleza, placer de que está ya algo estragada, sino á causa de su dinero. Su triunfo, pues, es el de un hombre.

Si es una gran señora, de un nombre ilustre ó de un nombre célebre; si vive en un barrio aristocrático, entonces dá sus señas de modo que la oigan bien las que se hallan en la tienda. De esta suerte, después de haber humillado á las que miraban las vidrieras, humilla también á las que han entrado y queda victoriosa aun de las otras victoriosas.

Sin embargo, si tiene carruaje propio, si la librea es bella y las portezuelas ostentan un blason, puede sin compromiso alguno, contestar al dependiente cuando este la pregunte si ha de conducir aquellos objetos á casa de la señora: “No, tengo ahí mi carruaje.”

La mujer que ha comprado, al volver á su casa siente otro placer con relación á su portera y á su doncella.

Hé aquí en lo que estriba: Un hombre no tiene necesidad de humillar á cierta clase de hombres incapaces de rivalizar con él en nada; tales son su portero y su ayuda de cámara. Pero una mujer sabe y comprende que hay entre las de su sexo una igualdad real, y esta es la que entre ellas establece la belleza. Una linda camarista por lo tanto, es una mujer, y bien merece la pena de hacerla sentir la superioridad y las ventajas que sobre ella se tienen.

Tales son las mujeres.

(Traducido.)

Causas independientes de nuestra voluntad han retardado la repartición del presente número.

AGENTES DE “LA SERENATA.”

Cienfuegos.—D. Francisco Anido.
Bejucal.—D. Isidoro Pons.
Buenaventura.—D. Benito A. Gorgoll.
Managua.—D. Gabriel Espinosa.
Quivicum.—D. Rafael V. Oliva.
Sagua la Grande.—D. Ildefonso Ramos.
Matanzas.—D. Ramon Del Monte.
Calabazar.—D. Juan Ferrando.
Colon.—D. José M. Blanco.
Corralillo.—D. Martin Rubí.
Alquízar.—D. José A. Moya.
Guanajay.—D. Antonio R. Gonzalez.
Cimarrones.—D. Francisco Fina.
Puentes Grandes.—D. Francisco Olartecoechea.
Santa María del Rosario.—D. Toribio de Arrocha.
Trinidad.—D. Pedro Carreras.
Puerto-Príncipe.—D. Severino Alvarez.
Villa Clara.—D. Antonio Anido y Ledon.
Santiago de Cuba.—Collazo Miranda y C.
Union.—D. Tomas Iribarren.
Güines.—D. José Mendoza.
Holguin.—D. José M. Guerra Almaguer.
Güira de Macurigez.—Esteva y Hermano.
Jiguani.—D. Diego Barea.

Imprenta del TIEMPO Cuba 71.